

## ***EL ASOMBRO DE PENTECOSTÉS***

*De repente, el día de Pentecostés, vino de lo alto un viento impetuoso, que conmovió los cimientos de la casa, donde estaban reunidos los discípulos de Jesús (Hch 2, 1-2).*

### **La Iglesia que nace del Siervo Doliente de Yahvé**

La venida del Espíritu Santo, cincuenta días después de las manifestaciones *desconcertantes* y entusiasmadoras del Resucitado a unos u otros discípulos del *pequeño grupo*, es la fecha clave, el acontecimiento revelador del verdadero sentido del cristianismo y de su misión en el mundo. Parece que esto es una verdad comúnmente aceptada, ya que situamos en tal fiesta judía el nacimiento de las Iglesias Cristianas, con su envío misionero a todos los pueblos. Mas me parece que unas pequeñas aclaraciones nos pueden ayudar a precisar mejor el alcance salvífico universal de la venida del Espíritu Santo. Nos interesa penetrar, en la medida que se nos conceda, en las mentes y en los corazones de quienes vivieron aquel acontecimiento, y dejaron fe escrita de él.

El gran acontecimiento de Pentecostés, bien puede ser considerado como la apertura de los cimientos sobre los cuales se ha de sustentar el edificio cristiano. Y de la misma manera que no hay edificio consistente sin cimientos adecuados a la calidad (peso, volumen, altura, dedicación, etcétera) de la obra que han de sustentar, lo mismo hemos de reconocer que resultaría ridículo (cuando menos) contar con poderosos cimientos que solo sustentan un mínimo edificio, nada proporcionado al que se pensó, y al que estaban destinados al ser abiertos. El edificio, que no precisa de cimientos tan poderosos, manifiesta para quienes conozcan la calidad de sus cimientos, el fracaso de quienes no fueron capaces de terminar la obra que se les había encomendado (cf. Lc 14, 28-30). La parábola del tercer evangelio cuadra con la advertencia de Jesús, recordándonos que los cimientos nos han sido dados ya abiertos por el Espíritu Santo, con el fin de que nos hagamos dignos de ellos levantando el edificio, es decir, la Iglesia a que están destinados.

En el caso de las Iglesias Cristianas, los cimientos siguen esperando la edificación para la cual fueron abiertos. Y será así hasta la segunda venida de Cristo. Cada año, al llegar el tiempo de Pentecostés, debemos, los seguidores de Jesús de Nazaret, preguntarnos, ¿estamos construyendo la Iglesia cuyos cimientos abrió el Don de lo Alto, portador de la verdadera unidad en la fe y en la misión de las Iglesias?

### **La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la Piedra Angular**

Aquí quiere situarse mi meditación de Pentecostés. Ser cristiano es poner la propia vida al servicio del Reino de Dios en este mundo. *Somos piedras vivas en la edificación del templo del Espíritu*. Se nos ha ungido con el Espíritu del Señor Jesús para ello. No tiene razón alguna el haber sido bautizado y no poner lo mejor de nuestra existencia, como piedras que se van ensartando unas con otras, sobre la única piedra angular, que es Cristo,

en la edificación de una Iglesia humilde servidora y hermana menor del mundo (cf 1ª Ped. 2, 4-10).

Porque, el asombro de Pentecostés, el que abrió los ojos del corazón a los primeros cristianos, para contemplar los cimientos de edificación de un Hombre Nuevo y de una Nueva Sociedad, fue, sin duda, el descubrimiento de que el Mesías de Dios, largamente esperado por Israel, no era ni podía ser un rey triunfante y dominador, sino un siervo sufriente y servidor. *La piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la Piedra Angular* (cf. Isa. 18, 16-17; Sal 118, 22-23). *Es el Señor quien lo ha hecho. Ha sido un milagro patente. Y también: El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y rechazasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo. [...] pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos. [...] Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas: que su Mesías tenía que padecer* (Hch 3,13-18).

La salvación que viene de Dios, se nos muestra, resplandecientemente, en el rostro de su Siervo -el creyente que se pone a disposición total de su voluntad salvífica universal-, Jesús de Nazaret, en su vida y predicación de la Buena Noticia del Reino. Es el Reino donde el servicio humilde, generoso y altruista, destierra toda actitud de poder, dominio, imposición, violencia. Es el Reino donde el amor nos enseña a estar dispuestos a morir antes que matar. Es el Reino cuya fecundidad se manifiesta en su capacidad de congregar en su seno a todos los pobres de la Tierra, y en hacer de la fraternidad universal el santo y seña de todas sus tareas. El programa mesiánico de Jesús -y, por tanto, el de sus Iglesias- queda patente, como cimientos, en el llamado Sermón de la Montaña (Mt 5-7), que, al ser recordado por los discípulos a la luz de Pentecostés se convierte para ellos en la más nítida radiografía del Corazón de Cristo.

### **La conversión a que nos llama cada Pentecostés**

Tal es el asombro de Pentecostés: una radical conversión, cuyo cambio de mentalidad se realiza, por obra y gracia del Espíritu Santo, en identificar al Mesías de Dios con el Siervo Doliente de Yahvé.

Pedro fue el primero en confesar que Jesús era el Mesías de Dios. Y Jesús lo llamó bienaventurado por tal confesión. Pero les pidió, a Pedro y los demás discípulos, no andar proclamando por ahí tal mesianismo (Cf. Mt 16,13-20). ¿Quién, sin la ayuda de lo alto, podría reconocer en el profeta galileo, con su origen humilde (*¿de Nazaret puede salir algo bueno?*) y su clara predilección por los marginados de su tiempo (*amigo de pecadores y mujerzuelas*), al rey victorioso, hijo de David, que habría de traer a Israel paz y prosperidad por encima de las demás naciones de su entorno?

Y, ante la confesión de Pedro, Jesús anuncia que su Iglesia, la comunidad de sus seguidores, surgirá, se elevará como un templo de comunión universal, allí donde se reconozca su verdadera medianidad, para la que ha sido ungido por el Padre. Cuando el don de Pentecostés abre los ojos a los primeros discípulos, congregados en el nombre de Jesús, mediante las lenguas de fuego que simbolizan una iluminación que no procede de medios al alcance del poder humano, de elucubraciones filosóficas ni teológicas, los allí reunidos comprenden, no sin asombro, que el Dios anunciado por Jesús, no utiliza para acompañar a los humanos en su camino de constante ascensión hacia metas de mayor libertad y felicidad, otro medio, otro poder, que la misericordia entrañable. Asombro de reconocer que la religión -o modo de relacionarse el hombre con Dios-, por iniciativa del

mismo Dios, consiste en dejarse amar por Él y compartir con el mayor número posible los frutos de tanto amor.

El asombro producido por tal iluminación, semejante a la entrada en *la nube del no saber*, hace temblar el viejo caserón del cenáculo donde están reunidos los fieles del Señor, *el pequeño rebaño, con María, la madre de Jesús y las otras mujeres del grupo*. Es como si nos dijera que han caído sus muros de separación, dejando al descubierto el espacio del universo como el terreno adecuado para la definitiva construcción de *los cielos nuevos y la tierra nueva habitados por la Justicia*. Los cimientos abiertos por el don del Espíritu no están ya en ningún pueblo, en ninguna cultura, ni en ninguna tradición religiosa. Están allí donde mujeres y hombres de toda lengua, raza y color se hermanan en el reconocimiento de que Dios salva, no por medio de institución alguna emparentada con formas de poder temporal, donde se compite entre ellas pretendiendo tener la verdad y portar la salvación, sino donde se reconoce que Dios es Madre/Padre de todos los hombres y de todos los pueblos, que *da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios*, y que espera de los creyentes que aprendan de su Mesías a no buscar puestos de dignidad ni reconocimientos temporales, sino a estar dispuestos a amar a todos y defender en solidaridad a los más desfavorecidos, incluso hasta dar la vida, si fuere necesario ( cf. Mt 16, 21-28).

### **Los medios sencillos y la entrega gratuita, signos del amor salvador de Dios**

Es un cambio tan radical, tan revolucionario, en la imagen de Dios, de su Mesías y de su Salvación, que, tanto entonces como ahora, resulta del todo imposible aceptarlo sin lo que llamamos la Gracia. Pero depender de la Gracia significa renunciar a otras dependencias, apoyos y medios distintos a ella. *¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta!*, diría Pablo. Todo cuanto Jesús llevó a cabo con su vida y anuncio del Reino, lo podemos, y *aún más*, llevar a cabo nosotros. Pero solo en Aquel que nos conforta. Solo identificados con el Siervo Doliente de Yahvé. Y recordando que, *el que no siembra conmigo, desparrama*; es cosecha imposible aquella que no consiste en un testimonio personal y comunitario de que Dios salva bajando al encuentro de cuantos están abajo: desposeídos, marginados, enfermos, pecadores.

Nadie puede poner otros cimientos que los de Pentecostés. Todos los edificios de poder, dominación, liderazgo, etcétera, caerán. Sólo se sostendrá el edificio del servicio humilde y del testimonio martirial. Solo será la Iglesia de Jesús aquella que permanezca edificada sobre la piedra angular de la confesión de Pedro (*Tú eres el Mesías*), elevada a su máxima claridad en el asombro de Pentecostés. El Dios de todos no se deja poseer por nadie, pero se entrega voluntariamente, amorosamente, a cuantos reconocen su predilección por la utilización de medios humildes para la acción y la entrega gratuita para el bien común. Los medios pobres y humildes, tanto en ritos y palabras cuanto en la institución jerárquica y en los instrumentos manejados para la evangelización, deben de estar de acuerdo con la capacidad de los más sencillos, destinatarios privilegiados del mensaje de la Buena Nueva (Cf. Mt 11, 25-27). Jamás la eficacia de la evangelización dependerá principalmente de mediaciones ricas y herramientas de persuasión masiva, que desvirtuarían la eficacia y sabiduría de la Cruz de Cristo (Cf. 1ª Cor 1, 17ss.).

### **Contemplación del Siervo**

De modo sucinto, intentando en la lejanía del tiempo, pero en la proximidad del Espíritu, asimilar lo que vivieron los primeros cristianos en su proceso de Pentecostés, nos

acercamos contemplativamente a los poemas del Siervo de Yahvé, transmitidos por el Segundo Isaías, sabedores hoy de que fue la identificación de Jesús de Nazaret con el Siervo Doliente, y no con el Mesías Triunfante, lo que puso en pie de misión a la Iglesia con la audacia del mensaje de un Dios que salva por amor.

En el **primer canto del Siervo** (Is. 42,1-4), se revela ya en la persona del mismo, la manifestación de una Voluntad Salvífica Universal por parte de Dios. Ha dejado de ser el Dios de un lugar, para serlo de todos los lugares de la Tierra.:

*He aquí a mi siervo, a quien yo sostengo,  
mi elegido, el preferido de mi corazón.  
He puesto mis Espíritu sobre él;  
él les enseñará mis juicios a las naciones.  
[...] hasta que reine el derecho en la Tierra.  
Los países lejanos esperan sus ordenanzas.  
[...] Te he destinado para que unas a mi pueblo  
y seas luz para todas las naciones.*

Esta Voluntad de Dios se llevará a cabo por su Siervo sin ningún tipo de violencia ni medios punitivos, puestos en juego en nombre de Yahvé:

*No clamará, no gritará,  
ni alzaré en las calles su voz.  
No romperá la caña quebrada,  
ni aplastará la mecha que está por apagarse.*

En él se comunicará la eficacia de la ternura, pero íntimamente unida a la firmeza y el vigor en la defensa de la misión encomendada. No es un Dios al que le dé igual *ocho que ochenta*, sino que deposita su confianza en el poder del bien sobre todas las formas de mal. Y, por ello mismo, será un Dios *tolerante* con las debilidades humanas, pero *intolerante* con las mentiras, ambiciones y violencias que dificultan o impiden la libertad y la felicidad para todos sus hijos:

*Enseñará mis juicios según la verdad,  
sin dejarse quebrar ni aplastar.  
[...] Yo, Yahvé, te he llamado para cumplir mi justicia,  
te he formado y tomado de la mano  
[...]... para abrir los ojos de los ciegos,  
para sacar a los presos de la cárcel,  
y del calabozo a los que estaban en la oscuridad.*

Y, en un aumento de asombro que conmueve los cimientos de toda actitud autosuficiente, escuchamos la siguiente declaración profética, en la que son considerados como ídolos ineficaces todas las construcciones que no se inspiran en el talante y espíritu del Siervo. La gloria del Señor no es dada a nada ni nadie que no se identifique con esta novedad absoluta:

*Yo, que tengo el nombre de Yahvé,  
no daré mi gloria a otros,  
ni mi honor a los ídolos.  
[...] Por eso anuncio cosas nuevas.*

\* \* \*

Se reiteran, en **el segundo canto del Siervo** (Is. 49, 1.6), imágenes del anterior, de manera principal la de la universalidad de su misión:

*No vale la pena que seas mi servidor  
únicamente para restablecer las tribus de Jacob,  
o traer a sus sobrevivientes a su patria.  
Te voy a poner, además, como una luz para el mundo,  
para que mi salvación llegue hasta el último extremo de la Tierra.*

Aparece aquí el Siervo como una persona portadora de una *palabra* que se le ha dado, como espada afilada que no yerra en su golpe, como flecha puntiaguda que se ha de clavar sin desviarse en su diana. Se trata de la misión que mejor ha de revelarnos, en su contenido y estilo, en qué consiste la salvación que viene de Dios:

*Yahvé me llamó desde el vientre de mi madre,  
desde las entrañas maternas pronunció mi nombre.  
Hizo de mi boca una espada cortante.  
[...] Hizo de mí una flecha puntiaguda  
y me guardó en la caja para las flechas.*

La misión encomendada al Siervo no es nada fácil. En su fidelidad a la misma conocerá la persecución, el desánimo y el fracaso; pero en el corazón mismo del fracaso, experimentará que Yahvé cumple su palabra y da el apoyo prometido a su fiel servidor. Sin duda que la experiencia más gozosa del Siervo ha consistido en saberse -sentirse- bajo la mano acariciadora y protectora de su Dios y Padre:

*Mientras que yo pensaba: “He trabajado de balde,  
para nada he gastado mis fuerzas”.  
Vi que mis derechos los protegía Yahvé,  
mi Dios me prometió su apoyo.  
[...]... y me escondió debajo de su mano.*

\* \* \*

Arranca el **tercer canto del Siervo** (Is 50,4-9), de la confesión pública de ser confidente y discípulo del Señor. De Él recibe la palabra a transmitir, contenedora de un espíritu de renovación, entusiasmo, crecimiento. Se trata de un cara a cara entre Dios y su enviado, en cuya intimidad sólo se le pide al siervo confianza y abandono en su Señor. Tener los oídos abiertos, que es imagen del hambre y sed de toda palabra salida de la boca del Altísimo, es la condición que dará autenticidad y firmeza a la misión del testigo. Este canto tercero subraya, manteniendo valores de los anteriores, la dimensión mística de toda tarea profética en nombre del Señor: no puede ser profeta del Señor (hablar en su Nombre) quien no es discípulo del Señor:

*El Señor Yahvé me ha concedido  
el poder hablar como su discípulo.  
Y ha puesto en mi boca las palabras  
para aconsejar como es debido al que está aburrido.*

*Cada mañana, Él me despierta  
y lo escucho como lo hacen los discípulos.  
El Señor Yahvé me ha abierto los oídos  
y yo no me resistí ni me eché atrás.*

También en este poema se contiene, de forma patética, la imagen vituperada del Siervo, cuya fortaleza ante sus adversarios le viene exclusivamente del Señor dueño de la Justicia. Diríase que sin la experiencia personal y profunda de ser un amado de Dios, es del todo imposible resistir frente a tanta adversidad:

*He ofrecido mi espalda a los que me golpeaban  
y mis mejillas a quienes me tiraban de la barba;  
no oculté mi rostro ante las injurias y escupitajos.  
El Señor Yahvé viene en mi ayuda.*

\* \* \*

El final del **cuarto cántico del Siervo** (Is 52,13-53,12), subraya la actitud propia del hijo que nada niega al amor del Padre en favor de sus hermanos. Se ha hecho pecador con los pecadores, porque el amor verdadero, el que viene de Dios, se manifiesta como cercanía y solidaridad, especialmente en lo que hace sufrir a los pequeños y desvalidos. ¿Y cuál es la fuente de los mayores sufrimientos que aquejan a la humanidad histórica, sino su pecado, entendido como negación del amor, fuerza única capaz de hacer nuevas todas las cosas? El Ungido de Yahvé lo es, precisamente, con la energía de dicho amor. Amor que él vive en relación con su persona y su misión, sin poder dejar de compartirlo con todos, predileciendo a quienes más lo necesitan, porque *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*. Y, *no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores* (cf. Mt 9,12-13). Es tanto, en calidad como en cantidad, el amor que lleva el Siervo en su corazón, que se traicionaría a sí mismo si no lo abocara generosamente al mundo entero:

*Se ha negado a sí mismo hasta la muerte,  
y ha sido contado entre los malhechores,  
cuando en realidad llevaba sobre sí el pecado de muchos  
e intercedía por los pecadores.*

El Siervo aparece aquí como el modelo acabado del buen hijo del único Padre. Y tal modelo se realiza en una presencia de vida en retoño, brotada en el terreno desértico de un mundo desolado por crisis humanas y atropellos de todo tipo. No es el desierto el terreno de florecientes cultivos, pero sí de plantas que aparecen con inesperada belleza. Flores del desierto, que solo contemplan los que se adentran en sus arenas. El Siervo de Yahvé será hombre de desierto, él mismo un retoño de gracia para cuantos escuchan la llamada de Dios desde los desiertos de este mundo. El buen siervo de Yahvé no rehusará pasar por el desierto; allí crecerá ante Dios y se hará útil para muchos hermanos. Los primeros cristianos, a la luz de Pentecostés, fueron perspicaces para contemplar en el testimonio de Jesús de Nazaret, toda la espiritualidad del desierto, corazón del Antiguo Testamento y condición imprescindible para el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza. En la *visión del Invisible* que se hace realidad en el desierto, se capacita el Siervo para ayudar a muchos hermanos:

*Este hombre creció ante Dios como un retoño,  
como raíz en tierra seca.*

*No tenía gracia ni belleza para que nos fijáramos en Él,  
ni simpatía que nos cautivase.  
Sin embargo [...]   
después de las amarguras que haya conocido su alma,  
verá la luz y será colmado.  
Por su conocimiento mi siervo justificará a muchos.*

En este cuadro del siervo, síntesis de fidelidad a sí mismo y de entrega a la voluntad amorosa del Padre, contempla la fe cristiana el sentido de humillación/glorificación que mejor expresa la vida en el Espíritu de los seguidores de Jesús. Dios nos ha revelado en su siervo Jesús que solo el amor salva; y que, toda vivencia sincera y gratuita de amor humano, es ya en sí misma experiencia de salvación divina. Jamás la humillación será mayor que la glorificación en la conciencia de quien busca la defensa de la vida, y con ella, de los valores esenciales que la definen, tales como la libertad y la justicia, el bien común y los derechos fundamentales de la persona humana. En tal experiencia se arraiga la certeza de que el amor es la única victoria real sobre todas las formas de muerte.

*Por eso le daré en herencia muchedumbres,  
y recibirá los premios de los vencedores.*

Todos, todos cuantos reconocieron en el Siervo Doliente de Yahvé el estilo del actuar divino a favor de los hombres, resultarán con sus vidas vencedores sobre todas las falsas concepciones de la vida que pretendieran apartarlo de la salvación única por el amor.

### **Ni relativismo ni fundamentalismo, a la luz de Pentecostés**

Y así, el don del Espíritu en Pentecostés, tratándose del mismo Espíritu del Señor Jesús -el Siervo de Yahvé- abrió los oídos y los ojos del corazón de los miembros de las comunidades cristianas incipientes, para que comprendieran que su misión en el mundo, no podía ser otra que la de aceptar, con todas sus consecuencias, el amor como servicio humilde y desinteresado, cuyo objetivo principal ha de ser que los humanos aprendan a amarse entre sí, dejándose poseer por el amor más grande de Dios. Las Iglesias cristianas serán una hoguera de amor en medio de los pueblos, que invitará a calentarse en ella a todos los que sufren cualquier forma de soledad, incompreensión, desencanto, frialdad... Irradiará la luz y el calor de su propia *llama de amor viva* con el ejemplo de la vida de sus creyentes. Desecharán todo fasto, afán de dominio e instinto posesivo..., convencidas de que sólo el amor salva, y el amor se manifiesta en la inmediatez de su entrega desnuda de toda otra pretensión que la de ser compartido, dando así vida al mundo. El servicio será así el único poder de estas Iglesias.

Preciso es que hoy también nos asombremos nosotros, cristianos del siglo XXI, y pongamos manos a la obra para desnudar nuestras iglesias de cuanto no deja de ser un estorbo para que se manifieste en ellas y para el mundo el Espíritu del Siervo de Yahvé. Sin el asombro no hay posibilidad de que se realice el cambio -la conversión- a que nos llama cada año la celebración de Pentecostés. Como la primitiva comunidad cristiana, descubrir hoy que es el Siervo Doliente de Yahvé el que comunica la salvación, y no ninguna otra clase de mesianismo vinculado al poder ni a los éxitos mundanos, permitirá a nuestras Iglesias estar más presentes allí donde se juega el futuro de una Humanidad libre, justa y fraterna. Será una Iglesia dialogante, sin imposiciones de tipo moralizante, ni

pretensiones de posesión de la verdad única. Ni relativismo ni fundamentalismo dominarán sus planteamientos y actitudes, pero sí el radicalismo de la fidelidad al Espíritu de Servicio.

Frente a la dictadura del relativismo presentará el Absoluto de Dios, como el antídoto a todas las falsas concepciones de la vida, que son las que en realidad *relativizan* la dignidad humana, dejándola a merced del miedo, la violencia y todas las mentiras urdidas por los poderes con intereses ocultos. Dios creído y sentido como Absoluto, como lo único que merece ser deseado, buscado y amado por encima de todas las cosas, nos enseñará con la experiencia de su amor a poner cada cosa en su lugar, amando todas las cosas, cada una al modo que le corresponde, a fin de que ninguna realidad creada pueda pretender ponerse en lugar del Absoluto, antes bien, ser trampolín de gracia hacia él. En la adoración de Dios como Absoluto, encontramos los cimientos más profundos y sólidos sobre los que se eleva la Iglesia del Siervo de Yahvé, una Iglesia que es a la vez morada de Dios entre los hombres y Pueblo de Dios peregrino en la Tierra.

Frente a toda pretensión de absolutismo en ideas, creencias, leyes e instituciones, alzaré la bandera de la libertad de conciencia, del respeto sagrado a todo valor que representa algo vivo, y del diálogo e intercambio con todos los puntos de vista que, buscando el bien común, aportan su originalidad para enriquecer el conjunto, en cuyo seno se alcanza el enriquecimiento mutuo. Ningún aire de fundamentalismo deberá instalarse en su recinto, haciéndolo irrespirable para los espíritus más despiertos e independientes de cada lugar y momento. Ningún remedo de cruzada pretenderá alzarse como forma legítima de defender sus intereses. Los intereses de la Iglesia, nacida del Siervo de Yahvé, se defienden únicamente con el testimonio de pobreza, mansedumbre, sencillez, espíritu de servicio, amor a la justicia y a la paz, y, renuncia expresa y explícita a toda forma de proselitismo, coacción, violencia.

El asombro de Pentecostés no ha cesado desde entonces hasta nuestros días. Y nunca nos habremos asombrado bastante ante el hecho de fe de un Dios que salva por encarnación, haciendo suyos los sufrimientos, luchas y esperanzas de los pequeños de este mundo y de cuantos creen en la salvación única por el amor (¿no es este el significado de Mt 25,31ss, donde el asombro se manifiesta entre quienes no supieron ver al Señor identificado con los últimos de la historia, incluso en el caso de aquellos que se pusieron a su servicio?).

Al hacer un año más nuestra meditación de Pentecostés, resuena dentro de mí la interrogante lucana: *Y cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe sobre la Tierra?*(cf. Lc 18,1-8). Es la fe de los sencillos que no pueden separar su confianza en Dios de la necesidad de justicia entre los hombres. No se puede creer en un Dios que es Amor y no se compromete a favor de sus hijos más desvalidos. Se trata, por tanto, de esa fe asombrosa (*la nube del no saber*) que nos conduce a descubrir el servicio -el culto más agradable a Dios (cf. Rm 12,1-2)- en la entrega más generosa al bien de los hermanos.